

Ciudad Anastasia

Al cabo de dos días en tren, el hombre descubre Anastasia. Ciudad siniestra y oscura, rodeada de edificios destrozados. El cielo siempre se encuentra nublado, generalmente llueve pero aún así la vegetación no es verde, está marchita, como el alma de la ciudad. La población no se queda atrás, los residentes de Anastasia, están enfermos, de amor, ansiedad, soledad, tristeza...y los limitados comerciantes que por alguna razón pasan por allí se quedan sin suministros de drogas. Porque si, los residentes de Anastasia no trabajan, no se alimentan, ni duermen, solo consumen memorias. Y las drogas son la salvación de estas ruinas, son el remedio que logran apagar el dolor y el remordimiento que traen aquellos recuerdos.

La verdadera esencia de Anastasia trabaja despacio cada día, dándoles a los hombres dosis de instantes felices, con el fin de lograr la completa obsesión con el pasado. Y así conseguir que nunca abandonen esta ciudad. Que sin población, no existiría.

Tan cruel poder posee Anastasia, ciudad de la adicción y la perdición.

Recorridos

Mi recorrido hacia la escuela comienza cuando salgo de mi casa hacia la parada del colectivo, paso por la gomería de la esquina saludando al señor como de costumbre. Luego cruzo la calle y camino una cuadra, para esperarlo.

Cuando me subo, casi siempre veo a una chica, con lentes redondos y un pelo lacio. Se ve siempre muy tímida, porque agarra su mochila como si fuera lo más preciado que tiene.

Siguiendo con el recorrido, todas las casas son similares hasta que diviso un negocio naranja de comida, por esta calle veo construcciones y en la izquierda se asoma una pared blanca con grafitis.

Unas cuadras después, un boulevard divide la calle, paso por un colegio y dos panaderías antes de doblar, donde en la esquina hay una hermosa y antigua casa de color verde y ladrillos color crema, que me recuerdan a mi año de ingreso para entrar a esta escuela.

Cuando veo el edificio rojo, agarro mis cosas para luego tocar el timbre. Después de bajar, camino un poco y espero al siguiente colectivo.

Al subirme, casi siempre me encuentro con un colectivero muy feliz, siempre lleva una sonrisa en su cara.

Lo saludo, y voy hacia un asiento si es que encuentro alguno libre.

Este recorrido es más aburrido, porque siempre veo un gran edificio que ocupa toda una cuadra, para luego cruzar por debajo de un puente. El colectivo sigue derecho por esa calle, y pasando por varios negocios, puedo ver mi destino, aquella escuela caracterizada por estar rodeada de alumnos con guardapolvo blanco.

El camino de vuelta a mi casa es más sencillo, saliendo del portón del colegio, doblo a la izquierda y me voy caminando con una amiga, pasamos por varios negocios, y antes de una pizzería ella dobla.

Yo sigo de largo hasta que vuelvo a toparme con el edificio que ocupa toda una cuadra.

Cruzando tres calles más ya me encuentro en la parada.

Entonces, me subo, paso por una llamativa farmacia amarilla, y varias casas gigantes.

Luego de un rato cruzo de nuevo por la calle con boulevard, y más adelante puedo observar aquel viejo restaurante, donde siempre comíamos de chicos.

A esta altura el cielo ya se torna oscuro y los árboles ya no se ven amigables, sus sombras parecen monstruos acechando a la noche.

Después de esto, viene la palmera de dos brazos, un fenómeno en el mundo, que está muy cerca de mi casa.

Entonces, me paro, veo el almacén donde siempre compramos y sé que es el momento.

Toco el timbre, me bajo, saludo al señor de la gomería y camino muy rápido hacia mi casa, para al fin poder descansar el peso que llevo en la espalda.